



**Chicas que se mojan los pies. Notas sobre *Medio cumpleaños*, de Gabriela Saccone.**

**Irina Garbatzky<sup>1</sup>**

IECH, CONICET/UNR  
garbatzky@iech-conicet.gob.ar

**Resumen:** El trabajo presenta dos líneas de lectura sobre *Medio cumpleaños* (2000) de Gabriela Saccone. A partir de una primera cuestión acerca de los usos de la figura del río y de las amigas conversando al borde del agua, como serie identificada en la tradición de la poesía rosarina escrita por mujeres, se abre una segunda pregunta acerca de la relación del yo poético de Saccone con los otros, en la propia voz y la escucha. Su relación de proximidad, entendida en términos de paridad y extrañeza, con los vagabundos, los ancianos, las vecinas, así como con las amigas y sus hijas, se sostendría en el acento que su poesía lleva desde el orden de lo visible hacia el de lo táctil.

**Palabras clave:** Poesía argentina – Gabriela Saccone – Poesía objetivista – Amistad

**Abstract:** The work presents two reading lines about *Medio cumpleaños* (2000) by Gabriela Saccone. From a first question about the uses of the figure of the river and of the friends talking at the water's edge, as a series identified in the tradition of the poetry of Rosario written by women, a second question is opened about the relationship of the self-poetic of Saccone with the others, in his own voice and listening. Their relationship of proximity, understood in terms of parity and strangeness, with the vagabonds, the elderly, the neighbors, as well as with the friends and their daughters, would

---

<sup>1</sup>**Irina Garbatzky** es doctora en Humanidades y Artes (mención en Letras) por la Universidad Nacional de Rosario. Es Investigadora Adjunta del CONICET y Jefa de Trabajos Prácticos en Literatura Iberoamericana I de la carrera de Letras (UNR). Publicó *Los ochenta recién vivos. Poesía y performance en el Río de la Plata* (2013) y compiló *Expansiones. Literatura en el campo del arte* (2013). Junto a Ana Porrúa coordina el sitio [www.cajaderesonancia.com](http://www.cajaderesonancia.com) y la revista *El jardín de los poetas. Revista de teoría y crítica de poesía latinoamericana contemporánea*.

be sustained in the accent that their poetry takes from the order of the visible to that of the tactile.

**Keywords:** Argentinian poetry – Gabriela Saccone – Objectivist poetry – Friendship

Entre las varias metáforas acuáticas que anudan sexualidad y escritura en el poema “Mujeres a la página”, de Mirta Rosenberg, hay una que casi vale por el poema entero. Aunque resulte difícil recortarlo –el fraseo es bien barroco y no se detiene en una imagen sin desembocar en otra–, sería ésta:

Seamos esta vez  
la sed y el placebo de la sed,  
hablando como amigas que sumergen  
las piernas en el agua (Rosenberg 136).

“Hablando como amigas que sumergen / las piernas en el agua”. Digo que la imagen vale por el poema, no porque lo condense o lo reemplace, sino por las relaciones que abre, y las preguntas. ¿De qué se trata ese hablar? En el poema, es el habla de la sed, la sed sexual y la sed de escribir. Rosenberg las pone en el mismo plano, y su estribillo, “¡A la página, mujer!”, también dice: escribamos, mujeres, sobre ésta sed.

Hablar al borde del agua, sin embargo, trae más elementos. No son *dos*, no son *unas* amigas las que hablan, tampoco son *esas*. Son todas, son *las* amigas, un plural genérico que no aparece determinado en el poema por ningún artículo. Como habla, la de las amigas sería una conversación que no se parece a otra, como si ese entre hablar y refrescarse, fuera un género discursivo propio, muy singular. Las amigas en el agua charlan de cualquier cosa, y no importa más lo que digan que lo que entre ellas pasa.

Por otra parte, esa charla de río, de charco, de pileta, ¿toma consistencia en la poesía rosarina? ¿Podría armarse una serie de poetas que conversen en sus maneras de sumergir las piernas? ¿Y deberían ser amigas? Algunas poetas, se me ocurre ahora, a veces ponen los pies en el agua. Pienso en Beatriz Vallejos, Sonia Scarabelli, Beatriz Vignoli, Gilda di Crosta, Claudia del Río. Pienso también en Ana Wandzik, en Gabriela Saccone. La serie es incompleta y no estoy muy segura si es efectiva; tal vez para hacer esta pregunta se debería elegir dónde enfocar. Si en la charla de dos mujeres próximas (amigas, amantes, hermanas, madre e hija) o en las piernas sumergidas en el agua, y la serie de las poetas y el río que abre la tradición. Me gustaría tomar, aunque sea por el tiempo que dure esta ponencia, el

anudamiento que arma Rosenberg: amigas, habla, pies en el agua, y ver qué permiten leer esas formas en esa relación.

### **La charla**

Una vecina llamó a mi puerta  
pidiéndome un favor  
en consideración a su vejez.  
Al verla tan alta y gorda  
mover los ojos como loca  
accedí, confusa, en un murmullo.  
Fuimos hasta su único ambiente  
donde encima de una cama de dos plazas  
había remedios y trapos en desorden.  
Platos, vasos mugrientos  
y latas oxidadas esperando  
para un potus o azalea  
la bendición de una cuchilla.  
Desaté el lazo de su pelo  
y hasta las puntas vi caer  
granos de arroz, pétalos de jazmín  
cuando mis manos iban y venían  
por su cabeza untada de shampoo.  
Ay mariposa blanca, mariposas  
-su corazón era el que cantaba (Saccone 11).

El poema pertenece al libro *Medio cumpleaños*, de Gabriela Saccone. Aquí no hay río, ni pileta, ni siquiera bañera; apenas unos trapos húmedos arriba de la cama. No obstante, sí podría decirse que se trata de dos mujeres bañándose, al borde del agua. Nora Avaro señala que en las series de Saccone, las que corresponden a la naturaleza y lo doméstico tienden a intersectarse; así, en este departamento parece definitivamente haber ganado lo natural: el desorden, los platos, los vasos sucios, las latas, arman un interior inarmónico y extraño, en crecimiento y acumulación, como los potus, las azaleas, e incluso el propio cuerpo de la vecina, alta y gorda, en cuyo pelo se depositaron los jazmines, el arroz. La cuchilla que llevaría a las plantas a la buena vida de una nueva maceta, traería un alivio similar al que brinda la mano que suelta el lazo del cabello para lavarlo. El agua apaga la sed.

Tampoco son exactamente dos amigas. Se trata de dos vecinas, casi desconocidas, también casi semejantes. El poema sin embargo no se orienta hacia una identificación entre ambas, en ese caso tal vez derivaría en un pensamiento sobre la vejez y la soledad. Lo que ocurre en su lugar es la llegada de una situación extraña en lo cotidiano, un poco como lo que sucede si nos toca entrar en un departamento vecino: no dejaremos de ver nuestra casa en la ajena.

Lo irregular no es sólo el pedido de la otra mujer –el pedido del baño–, sino la respuesta de la poeta: “accedí, confusa, en un murmullo”. La frase se mantiene en la esfera de lo narrativo, y por tanto no *actúa* exactamente del modo en que *actúan* esos “enviones subjetivos” que Avaro ha identificado en la poesía de Saccone como una “performática de la lengua”: enviones que finalizan abruptamente el poema otorgándole un ritmo propio, desapegado de los tonos de los poetas objetivistas, sus compañeros de generación (Avaro 185-187). Aunque la frase, entonces, se mantenga en el mismo tono con el que se relata la escena, la voz, efectivamente cortada en ese “sí” (“accedí, confusa”), se vuelve audible. Funciona dentro y fuera del poema, porque al tiempo que cuenta una anécdota hace ganar espacio al murmullo y la confusión de ese insólito doméstico. Pone al yo en una conversación con la fragilidad o la pobreza del semejante (“la consideración de su vejez”) que no se decide de ningún modo ni por identificarse o compadecerse.

Tal vez esta vecina encarna una de las varias figuras del prójimo que recorren Medio cumpleaños,<sup>2</sup> y acaso habría una línea para continuar, en este sentido, de la relación entre el yo poético de Saccone con los vagabundos, los pobres y los ancianos.<sup>3</sup> Se trata de una minoridad que se inscribe como distinta, y a la vez muy cercana a sí misma. Guardaría más de una conexión

---

<sup>2</sup> Con la frase “figuras del prójimo” estoy citando el título de un libro de Juan B. Ritvo, para pensar en los sujetos que encarnan la radical otredad para el hablante. Ver Ritvo, Juan: *Figuras del prójimo*. Buenos Aires, Letra viva, 2006.

<sup>3</sup> En la deriva urbana de “Acerca de la fabricación de pensamientos”, en lo que anota de lo que se “ve” de la ciudad, entre la luz, la ciudad y los vagabundos, Saccone se hace, por ejemplo, esta pregunta: “¿Estaré hermanada al hombre de la peatonal que dirige cuanto sale de los parlantes de una disquería, compenetrado en los ritmos y cadencias, al son de nada, por unas monedas?”

con la figura de la poeta menor como poeta de lo doméstico, una imantación fundamental en la obra de Saccone, según recompone Avaro (189), a partir de la constelación desplegada por Sergio Raimondi (el poeta civil, el poeta órfico, el poeta menor).

Entrar en contacto con esa otra mujer, tan próxima como precaria, despierta entonces una rareza en el habla: “accedí, confusa, con un murmullo”. Decía que algo de ese “sí” entrecortado se escucha, porque el habla confusa resuena en lo que viene más adelante. Para volver al asunto de las amigas y sus conversaciones, pienso en la noción que Jean-Luc Nancy define como “resonancia”, el espacio doble y reflejo que se abre, de remisiones entre el sonido y quien escucha. Tal vez por eso, en la charlita de baño, ya no haya palabras, sino, más bien, canciones. El canto, explica Mladen Dolar, es uno de esos casos en los que la voz se suspende en su pura materialidad, no es enunciado, no es enunciación. Nada lo interfiere. En el insólito doméstico que se ha presentado, la poeta responde con un murmullo a un pedido que viene de una mujer con ojos que se mueven como los de una loca; es su vecina, que, a continuación, canta. Es una conversación hermosa, muy musical, y que vuelve a poner en primer plano el hablar como dos amigas con las piernas en el agua. La charla por la charla misma, lo que hace que dos amigas hablen: ningún tema en especial. Es lo más sencillo del mundo y al mismo tiempo, un misterio. “¿Qué es, en efecto, la amistad, si no una proximidad tal que no es posible hacer de ella ni una representación ni un concepto?” (7), se pregunta Giorgio Agamben. Reconocer a un amigo, propone, implicaría no poder describirlo en ese lazo, ni adjetivarlo, ni identificarlo. En esa línea, en el punto de mayor proximidad, el otro es un casi desconocido, como la vecina, el mendigo, la portera desdentada, el profesor de historia (algunos de los prójimos que aparecen en *Medio cumpleaños*). Es necesario que se vuelva desconocido para que haya de qué hablar.

En el poema, no hay muchas palabras entre las vecinas, pero tampoco las cosas concretas, los objetos, cargan con demasiada significación. Sí ocurre a la inversa, y lo que termina por suceder es una especie de hablar-cosa en general. Como si esta vecina –que, pienso ahora, tal vez se parezca

menos a una vecina que al Tío Cosa-, vocalizara un materialismo sonoro de la lengua, que en otras ocasiones de *Medio cumpleaños* también ingresa de manera un poco explosiva y absurda. Saccone a veces anda con el oído atento a una especie de grotesco mínimo de lo audible; su uso en algunos casos hace tambalear la consistencia de una totalidad (del paisaje o del interior).

Clin clin clin, silencio por favor,  
orcas que cantan por la tele  
y creo conocer de sobra la tonada.  
Uo uo uo, tiburones atigrados que dan miedo,  
ella baja respirando por la boca  
y se adosa como rémora a un delfín.  
¿Qué notas quiero escuchar?  
¿Las que del otro lado del vidrio  
escapan como pálidos insectos?  
Uo uo uo, repito idiota  
nunca el cielo se ennegrece por completo (34).

### **Los pies**

En *Medio cumpleaños* el dispositivo objetivista, tal como lo desarrolla Ana Porrúa, donde lo visto da a ver la mirada del sujeto que escribe, resulta un sustrato fuerte de la escritura. Sin embargo, también lo que se oye y lo que se toca tiene un lugar separado, singular. Avaro encuentra que es el peso del cuerpo (del cuerpo propio) lo que consigue anudar a través del yo poético las diversas series a lo largo de la obra de Saccone, un yo que “sobre todo es cuerpo, el sino materialista de una poesía de la percepción que le mete física a las metáforas, a la sinécdoque y a las emociones” (183). En esa materialidad de las percepciones, llegan a difuminarse los cuerpos y sus contornos, a enturbiar lo visual y arrimarlo a lo táctil, según dice en el último poema del libro, “haciéndonos parte de un paisaje de espuma” (48). Para recuperar la estrategia del *clin clin clin*, sería como darle un micrófono a una mosca: amplificar el movimiento de un cuerpo pequeño desmontará cualquier silueta y armonía mayor.

Resulta llamativa la pasión de Saccone por las desproporciones. En más de una ocasión la desproporción se transmite de una vez y en un solo verso. “Pocas hojas muy verdes en las ramas” (14). “La rama torcida y la hoja más

áspera” (17). “El eterno aletear de un gusano volador” (39). O incluso: “El grumo en el cristalino del ojo” (22). Los contrapesos que arman estas frases, como si en lugar de suponer un desarrollo o una unidad fueran miembros bicéfalos, enuncian una teoría de la escritura, de andar desbalanceado y gracioso. Si recordamos a Wolfgang Kayser, grotesco es aquello que empuja una mueca sobre la imagen, angustiante, disarmónica o risible. El mínimo grotesco como teoría de la escritura en *Medio cumpleaños*:

¿Por qué, si la gota resbala  
de hoja en hoja, suave  
hasta caer, entre muchas otras,  
al pie de la higuera,  
incluso si la rama se mece  
y facilita a cada gota su caída,  
el alma busca en la máxima quietud  
la rama torcida y la hoja más áspera? (17).

El poema pertenece a la serie que en *Medio cumpleaños* habla de la naturaleza y que también incluye poemas sobre el río; su paisaje en la estela de una tradición. La mayor parte de las veces no se trata de un río caracterizado con los motivos de la contemplación o la religación. Por poner un ejemplo femenino, muy poco o poquísimo del zen fluvial que caracteriza la poesía de Beatriz Vallejos se lee en Saccone. (Un fragmento de *Lectura en el bambú* de Vallejos: “En el arrozal / una garza / sola / y / una garza / sola / y una garza / sola”). En la línea del realismo documental, en Saccone, el río es el paisaje donde se hurga en la basura, también se caga, los paquebotes se hunden (“Este río, no ávido de furia, / que miro mientras cago en cuclillas / desde los arrozales, desbordará”, 16). Pero en otro poema, nuevamente dos mujeres sumergen las piernas en el agua. Son dos niñas, en realidad:

Pocas hojas muy verdes en las ramas  
de uno y otro álamo, y el resto un sueño:  
muros de árboles casi muertos  
estirados como juncos altísimos  
a los costados del camino.  
¿Quién piensa aquí en el deseo  
de agua que fluya entre la roca?  
Tierra agrietada, la mica reseca los labios  
y la quietud del cielo amenazando tormenta.



Como este largo sendero hacia la nada,  
como este largo, largo sendero,  
busco eso que vuelva las cosas a su lugar:  
alegrarme de estas pocas hojas verdes,  
de estar bajo y cerca del cielo  
en un camino de montaña,  
de la frescura de un río donde las nenas  
se mojen los pies, reconociendo  
formas y colores en las piedras (14).

Pienso que este poema traza, respecto del poema de la vecina, una vía inversa. Mientras en el departamento el panorama crecía hacia el desorden – casa, cuerpo, objetos, plantas: lo interior se desborda, alegremente, hacia la ruina–, aquí, en la montaña, lo casi marchito y la tierra agrietada, los labios resecaos y la amenaza de tormenta van hacia el deseo de agua, vuelven las cosas a su lugar. El poema, de hecho, parece dividido en dos. A medida que los ojos descienden desde los árboles, lo amenazante se disuelve, el pensamiento se reformula. Sin embargo, en esta escena, donde lo natural se torna hogareño, vuelve a entrar en juego la distancia próxima entre el sujeto poético y los otros, las otras. Poner las cosas en orden es efectivamente poner en orden los afectos: la poeta abajo del cielo que mira a las hijas que, de nuevo, mojan en el agua los pies. La mirada, que se vuelve sobre quien observa, construye el cuadro y la sostiene.<sup>4</sup> En ese sentido un poema parece la contracara del otro.

Acaso exista sin embargo una relación entre la formulación de esa proximidad mínimamente distanciada con la que se construye el triángulo visual en el río, y la mínima distancia afectiva que aparece entre las mujeres próximas, madres e hijas, amigas y vecinas.

---

<sup>4</sup> Dice Porrúa: “La mirada es el soporte de la imagen o la escena: el sujeto (en una poesía que se caracteriza como objetivista) es el soporte de los objetos. Él ordena la relación de algo que está afuera” (45).

## **Bibliografía**

Agamben, Giorgio. *La amistad*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.

Avaro, Nora. "Poetas y vecinas". Ana Porrúa (comp.). *Coreografías críticas. Ensayos sobre poesía*. La Plata: EDULP, 2017. 179-212.

Dolar, Mladen. *Una voz y nada más*. Buenos Aires: Manantial, 2007.

Kayser, Wolfgang. *Lo grotesco: su configuración en pintura y literatura*. Buenos Aires: Nova, 1964.

Nancy, Jean Luc. *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

Porrúa, Ana. *Caligrafía tonal. Ensayos sobre poesía*. Buenos Aires: Entropía, 2011.

Rosenberg, Mirta. "Mujeres a la página". *El árbol de palabras. Obra reunida (1984-2006)*. Buenos Aires: Bajo la luna, 2006. 135-137.

Saccone, Gabriela. *Medio cumpleaños*, Rosario: EMR, 2000.

---. "Acerca de la fabricación de pensamientos". *Transatlántico* n° 2 (2007): 7.

Vallejos, Beatriz. *Lectura en el bambú*. San José del Rincón: Fundación Banco BICA, 1987.